LEPANTO vs ANNUAL
¿EFEMÉRIDES CONTRADICTORIAS?

MANUEL LUCENA LÓPEZ
Licenciado en Hª Moderna y Contemporánea

En 2021, como si se tratase de una burla del calendario, coinciden dos aniversarios claves de la historia militar de España y por tanto de nuestra historia. Nuestro país no iba a ser una excepción en cuanto a lo decisivo, en su devenir histórico, que son los conflictos armados en los que se ve inmerso.

350 años separan la "victoria" del 1571 de Lepanto, del "desastre" del 1921 de Annual. Y en esos 350 años, más los 100 hasta llegar a nuestros días, que poco hemos cambiado…

En cuanto al avance tecnológico y del conocimiento la evolución si ha sido espectacular, pero en la esencia del ser humano, en las pasiones y miserias que nos mueven y justifican nuestro proceder, en los abnegados actos de valentía y entrega al prójimo y en la más abyecta cobardía y corrupción seguimos siendo iguales. Perdonen lo descarnado y sintético de mi balance de 450 años, pero lo que estamos viviendo en este más de un año ya de pandemia de la Covid, no hace más que corroborar mi opinión con la que, como es lógico, pueden no estar de acuerdo.

En 2021, como en 1571 y 1921 muchos españoles han dado lo mejor de sí y han arriesgado sus vidas por los demás, entregados a una causa en la que por desgracia los que se beneficiaban de la misma a veces mostraron no ser dignos del esfuerzo y el sacrificio.

Pero dejemos la actual pandemia para centrarnos en los aspectos o cuestiones más relevantes, a mi entender, de las dos efemérides que me interesa destacar.

Ya tendremos ocasión de abordar en dos artículos futuros, el desarrollo puramente militar de ambos acontecimientos y las consecuencias de los mismos en nuestra historia. En esta ocasión, pretendo meramente reflexionar sobre como muchos de los acontecimientos que quedan marcados a fuego en los pueblos que los protagonizan, no son tal y como la mítica del paso del tiempo y una historiografía interesada pueden llegar a interpretarlos.

Lo triste es que puede que tengamos una respuesta negativa a la pregunta que intentamos evitar por lo doloroso de la misma cuando abordamos acontecimientos históricos del calado de los que nos ocupan: ¿valió la pena?

Como todo en esta vida, depende de para que se hizo y quien se benefició. Al hablar de Lepanto y Annual pretendo acercarles brevemente, al porque estábamos allí en ese momento, qué objetivos se pretendieron, si se cumplieron o no y lo que más me importa: recordar a los que hicieron el mayor de los sacrificios y dejaron su vida en el campo de batalla, en guerras donde a muchos de ellos no se les había perdido nada, enlutando a miles de familias desgarradas por un dolor inconsolable.

LEPANTO, 1571

Cuando recordamos la batalla de Lepanto (1571), no podemos evitar sentir algo de orgullo por lo que nos han inculcado desde pequeños en la escuela. José Mª Pemán se hace eco de ella en una de las estrofas de la letra que compuso para el esplendido himno de la Armada española:

"*Hay que morir o triunfar,*
que nos enseña la Historia
en Lepanto la victoria
y la muerte en Trafalgar"

Esta victoria naval es un acontecimiento crucial en el reinado de Felipe II. Pocos españoles habrá que no conozcan, aunque solo sea de oídas, esta batalla. Puede que incluso lo hagan a través de Cervantes, por aquello de "el manco de Lepanto". De hecho, se han repetido muchas veces en obras que analizaban esta batalla, las palabras del propio Cervantes llenas de orgullo por su participación en la misma. A ella se refería en el "Prólogo al lector" de la segunda parte de "El Quijote de la Mancha" como "*la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga, y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella.*"

Puede que cada vez se recuerde menos. Por desgracia, mucho me temo que se diluyen este tipo de acontecimientos bélicos en unos planes de estudio "edulcorados" que cada vez buscan más lo políticamente correcto, sin contextualizar los acontecimientos, debidamente en su época. Esta mirada retrospectiva con los ojos del siglo XXI puede llevar a un revisionismo esperpéntico donde, por ejemplo, se "acuse" a Felipe II de no haber sido

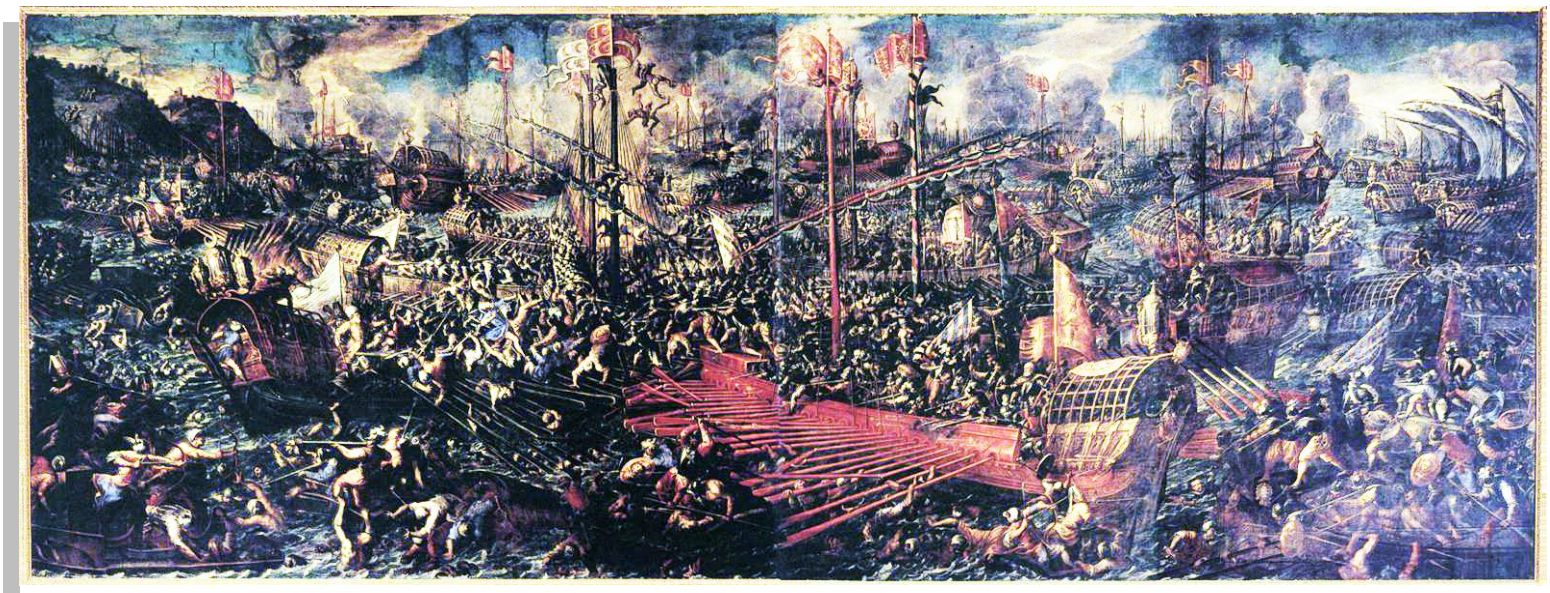
un demócrata y, con su catolicismo a ultranza, no respetar a las otras religiones. Pues claro, porque Felipe II, "*Su Católica Majestad*", era un monarca digno de su época. Era la cabeza de un imperio que por primera vez controlaba territorios en todos los continentes habitados, en pleno siglo XVI y actuaba en consecuencia.

Precisamente, respecto a ese revisionismo absurdo, me viene a la cabeza otra de las efemérides claves de este 2021 y de la que nos ocuparemos en un artículo futuro. Me refiero a la toma de Tenochtitlán, el 13 de agosto de 1521, por Hernán Cortes. Con el control de la capital del imperio mexica (denominación más exacta que la comúnmente utilizada de azteca) finalizaba una empresa de conquista que llevó dos años. Esa conquista hubiese sido imposible sin las agallas del conquistador extremeño y sus hombres, pero también fue imprescindible la participación de muchos pueblos indígenas que vivían bajo el yugo de un imperio despiadado que los explotaba y vieron en la llegada de los españoles la posibilidad de cambiar la situación. Ahora, 500 años después, el impresentable iluminado de López Obrador (presidente de México) exige a España una disculpa, habiendo pedido en más de una ocasión al jefe del estado y del gobierno español que se manifiesten al respecto. Di que sí, figura, eso es tener claro cuáles son las prioridades de un país como México, que no tiene problemas acuciantes como la delincuencia, la corrupción o el desempleo (por favor, entiéndase la ironía de mis palabras). Afortunadamente han ignorado la ridícula petición (viene que ni pintado el popular refrán "*a palabras necias, oídos sordos*") y una adecuada respuesta es la que da otro mexicano mucho más consecuente: Eduardo Matos Moctezuma. Este prestigioso arqueólogo mexicano ha dicho: "*Pues habría que ver quién va a pedir disculpas a los pueblos indígenas que fueron explotados por el imperio mexica*".

Estamos, por tanto, en un siglo XVI que para España, como nos recuerda el historiador Manuel Fernández Álvarez: "*Es una historia que enorgullece y contrista a un tiempo, con luces y sombras, con increíbles altibajos, con gestas hermosas, como aquella de los hombres de Castelnuovo* (1539) *– el tercio viejo de Francisco Sarmiento, que, por defender la Cristiandad, se atreve a resistir la avalancha del ejército turco –, y con acciones turbias, como las ejecuciones de Atahualpa en Perú* (1533)*, o de los condes de Egmont y de Horn en los Países Bajos* (1568)."

Volviendo a Lepanto, no hay guerra que no lleve implícito un componente económico que suele ser siempre primordial, pero en 1571, como en otras muchas ocasiones, el aspecto ideológico y religioso está también presente en el choque entre dos imperios enormemente poderosos que rivalizan en el control del Mediterráneo y sus zonas de influencia.

Ambas potencias estaban "destinadas" a enfrentarse una vez más. El padre de Felipe II, el emperador Carlos V (I de España), ya se las había visto antes con "el turco" en un tremendo conflicto que no tuvo un balance positivo para nosotros. La lucha contra el "infiel", aunque prioritaria para Carlos, no dispuso de todos los recursos necesarios para la defensa del Mediterráneo, debido a los distintos frentes que tenía en el norte de Europa. Una lucha que comenzada con éxito por su abuelo, Fernando el Católico, no tuvo continuidad en él por las luchas contra Francia y los príncipes protestantes alemanes. También debía frenar la expansión turca por Europa central, al ser amenazada incluso Viena, capital de Austria y "joya de la corona" de los



Batalla de Lepanto, por Andrea Vicentino (1603). Nos acerca al caos del enorme número de barcos y tropas enfrentadas.

Habsburgo. Desde la desafortunada empresa de Argel, en 1541, Carlos V no volvería a actuar más en el *Mare Nostrum.* Se sucedieron, en un deterioro continuo, sensibles pérdidas como Trípoli, defendida por la Orden de San Juan (1551) o Bugía (1555). Ambas plazas habían sido conquistadas por Fernando el Católico cuarenta años antes. En 1556 Oran es sitiada y a punto estuvo de perderse, lográndose evitar un nuevo descalabro.

Las cosas no comienzan muy bien en el Mediterráneo para Felipe II, ya que la flota turca derrota a la española en 1560, apoderándose de la isla Djerba (también conocida como Yerba o Gelves) en las inmediaciones de Túnez. Pero en 1563, algo empieza a cambiar, afortunadamente, en el aciago panorama, con la exitosa defensa de Orán y Mazalquivir que logran los españoles frente a los turcos. Y en 1565 vuelven a ser derrotados en Malta gracias al refuerzo de los tercios viejos de Álvaro de Sande.

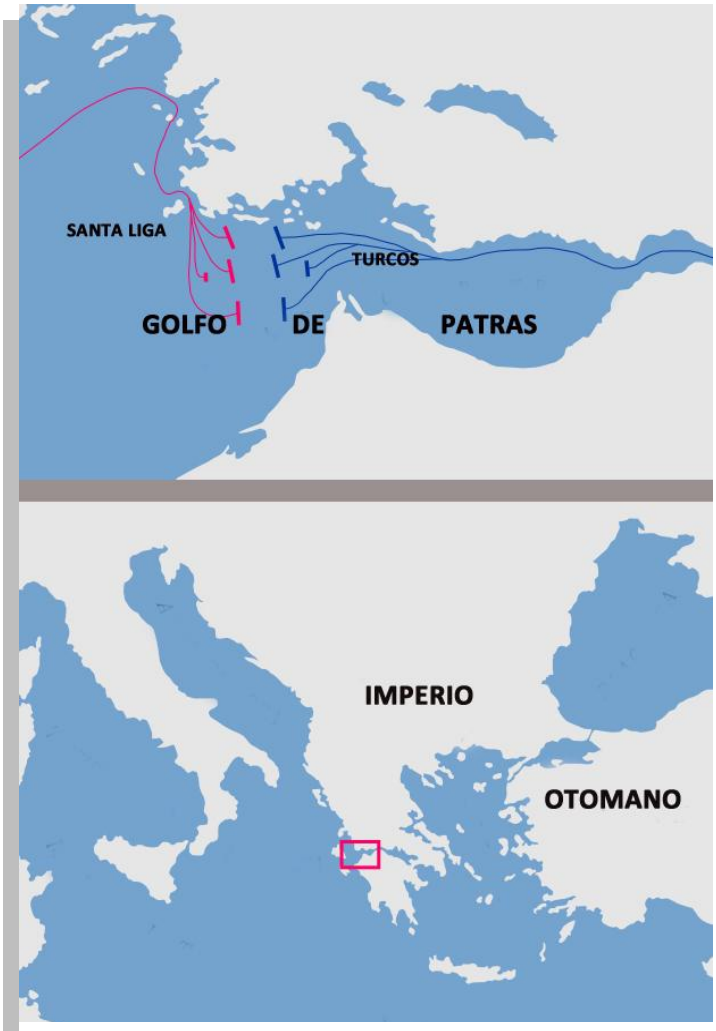
En este contexto de guerra general entre España y el Islam se produce el levantamiento morisco o revuelta de las Alpujarras (1568-1570) en tierras granadinas, tras abandonar Felipe II el espíritu de tolerancia reinante hasta el momento. En 1566 cumplió el plazo dado a los moriscos por Carlos V, que les permitía vivir según sus costumbres en su religión musulmana y la Santa Sede presionó a Felipe II para que actuara en consecuencia. La guerra que se desarrolla entonces será, en opinión del historiador Henry Kamen, "*la más brutal librada en suelo europeo durante aquel siglo*". El sangriento enfrentamiento de tres años finalizará cuando se haga cargo del mando de la contienda don Juan de Austria (hermanastro de Felipe II y nuestro futuro héroe de Lepanto), que en enero de 1570 impondrá su estrategia y terminará tomando los últimos reductos musulmanes granadinos en el verano de ese mismo año. Como decía anteriormente, esta guerra está inmersa en el conflicto entre una España católica y el Islam y la participación extranjera en la misma así lo demuestra: en la primavera de 1570, hasta 4.000 turcos y bereberes lucharon junto a los rebeldes, aunque no fueron suficientes para parar a don Juan de Austria. Pese a la dureza en el combate de este hombre, mostró su compasión una vez finalizada la contienda, cuando se produjo el exilio de la población musulmana a otras zonas de España (los de Almería a Sevilla, los de Guadix y Baza a las dos Castillas y el resto a Extremadura). Don Juan de Austria escribió a Ruy Gómez, principal ministro del rey, que al observar la penosa marcha de los exiliados, sintió: "*la mayor lastima del mundo, porque al tiempo de la salida cargó tanta agua, viento y nieve, que cierto se quedaban por el camino a la madre la hija, y a la mujer su marido…No se niegue que ver la despoblación de un reino, es la mayor compasión que se puede imaginar*"

La guerra de las Alpujarras demostró que no había un hombre mejor, ni más capaz que don Juan de Austria para liderar la próxima empresa que conduciría a la victoria de Lepanto. Y es justo recordar a quien estuvo con él para solventar uno de los instantes decisivos en la batalla: don Álvaro de Bazán, excelso marino de quién Cervantes dijo (al referirse a la captura que hizo de la galera de un hijo de Barbarroja) "Tomóla la capitana de Nápoles, llamada la loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz"



Don Juan de Austria. Detalle de autor anónimo, hacia 1575.

Felipe II, una vez concluida la guerra de las Alpujarras, terminará aceptando del papa Pio V el ofrecimiento para la creación de una Santa Liga que frene el ímpetu y agresividad del imperio turco en el Mediterráneo. Un proyecto de este tipo se intentó en los tiempos de Carlos V (1538) pero no llegó a concretarse. Ahora, Felipe II lo ve propicio y, en cierto modo, es una ocasión para desquitarse por el apoyo que los turcos habían proporcionado a los rebeldes alpujarreños, y por la interminable sangría que suponía a los intereses españoles las acciones de piratería berberiscas alentadas por los turcos en nuestras costas del sur y el levante, con el beneplácito de la Francia de Carlos IX, que no duda



Localización de la Batalla de Lepanto

en jugar a favor de los turcos para dañar a España sin importarle que no compartan un mismo dios en el que creer. Muchas veces en la historia las diferencias religiosas no son óbice para llegar a acuerdos económicos y una potencia católica como Francia ve en el imperio turco un "amigo" frente a una España a la que no puede resistir dañar siempre que tenga oportunidad. Esto no era algo insólito en el siglo XVI. Por ejemplo, ya en 1543 Niza fue sitiada por la alianza de tropas francesas de Francisco I y turcas de Solimán I, que afortunadamente fue socorrida por las tropas imperiales de Carlos V.

España, los Estados pontificios, Venecia, la orden de Malta, Génova, Toscana y el ducado de Saboya serían los firmantes, el 20 de mayo de 1571, del acuerdo e integrarán la Santa Liga. Conseguir desarrollar toda la logística de una empresa como la acometida no será fácil. Organizar el enorme contingente de hombres y naves será una tarea impresionante y el 8 de agosto don Juan llega con parte de la flota a Nápoles, donde recibe un símbolo espiritual de gran valor en la época de la que hablamos: el estandarte de la Liga que Pio V le hace llegar desde Roma, con toda la Cristiandad expectante. Dicho estandarte puede contemplarse hoy día en la catedral de Toledo.

Hasta el 24 de agosto no emboca don Juan el estrecho de Mesina y alcanza su esplendido puerto donde se reunirá la magna concentración de la armada de la Liga: 100 naves de la monarquía católica (de ellas 81 galeras), 48 venecianas y 12 pontificias, esperándose aun otras 60 venecianas procedentes de Candía y 6 galeazas.

El 15 de septiembre zarpa la flota de Mesina, llegando el 26 a Corfú. Al conocer que la flota turca se había refugiado en el golfo de Lepanto los cristianos llegan a la Cefalonia el 5 de octubre.

El futuro orden de batalla establece que don Juan ocupará el centro, a su derecha Juan Andrea Doria y a su izquierda Barbarigo. En vanguardia dos galeras venecianas y en la retaguardia el grandísimo don Álvaro de Bazán.

El 7 de octubre tendrá lugar la mítica batalla donde dos flotas que suman más de 400 galeras y casi 200.000 hombres se enfrentarán, demostrando el poder de la artillería europea sobre la marina otomana. Como comenté al inicio de estas páginas ya tendremos ocasión en un futuro artículo de analizar los entresijos de la batalla.

Es incontestable la victoria cristiana, pero el balance de bajas en la Santa Liga es aterrador: 15 galeras perdidas (una de ellas capturada), 7.650 muertos y 7.784 heridos. Los turcos ven hundirse otras 15 galeras y 160 han sido capturadas, algunas de ellas en muy mal estado. El número exacto de muertos en la flota turca se desconoce pero se evalúa en unos 30.000 y unos 8.000 prisioneros que serán convertidos en esclavos. Se liberan unos 15.000 galeotes cristianos que estaban esclavizados por los turcos y se liberan, como premio, a muchos de los galeotes de la flota de la Liga.

Sin duda, la monarquía católica esperó mucho más de lo que consiguió. Aunque recuperó el dominio de Túnez, lo acabará perdiendo tan solo tres años después. Aunque Lepanto le proporcionó la oportunidad de aspirar a una hegemonía en el Mediterráneo, no estaba en condiciones de afrontar el esfuerzo que le hubiera hecho falta para hacerla efectiva: poner en el mar unas 200 galeras, duplicando las que ya tenía, con cerca de 30.000 galeotes. Demasiadas galeras para tan poca "gasolina" (entiéndase esta como los galeotes imprescindibles que escasean notablemente). Afortunadamente, (aunque el problema de la piratería berberisca seguía latente) el frente del Mediterráneo se descongestionó un poco al interesarse el imperio turco por Persia. Felipe II, a su vez, debía prestar atención a otros frentes: el flamenco en el norte y la sucesión de Portugal en el oeste.

Por eso, podemos decir que, aunque fue una victoria militar incontestable, no se rentabilizó finalmente como hubiese sido deseable.

ANNUAL, 1921

Por poner tan solo dos ejemplos, este episodio dramático de la historia contemporánea española es comparable a la derrota italiana de Adua, frente a los etíopes en 1876 o a la de los británicos a manos de los zulúes en Isandlwana, en 1879, que como nos recuerda el doctor en Humanidades Miguel Madueño Álvarez, son tres constataciones de derrotas de ejércitos modernos y metropolitanos frente a fuerzas nativas.

El desastre de Annual recibe su nombre por la principal base española que fue abandonada tras confluir en ella la columna formada por las tropas que estaban huyendo tras caer sucesivamente sus distintas guarniciones como un castillo de naipes en un tipo de operación militar que suele ser de las más difíciles de realizar y cuyas consecuencias, si no se hace adecuadamente, suelen ser terribles para las fuerzas que la llevan a cabo: una retirada.

Pero Annual es mucho más que eso. Hablar de Annual es hacerlo de una pésima planificación y del fracaso absoluto de los que debían velar por la estrategia, de las decenas de blocaos aislados en medio de la nada frente a fuerzas muy superiores de las cabilas rifeñas, de la masacre en Monte Arruit de los miles de soldados españoles salvajemente ejecutados pese a que se les prometiese que salvarían sus vidas tras rendirse después de una defensa hasta el límite de sus posibilidades, del heroísmo del Regimiento Alcántara que cubrirá la retirada de sus compañeros con sucesivas cargas hasta desaparecer por completo y sobre todo, es hablar de repercusiones político-sociales que se prolongarán mucho más allá de la década de los años 20. Habrá un cambio de rumbo de nuestra política, habrá un "Informe Picasso", una responsabilidad del rey Alfonso XIII y nacerá una dictadura (la de Primo de Rivera, 1923-1930) que se resarcirá del desastre de Annual con el exitoso desembarco de Alhucemas en 1925 y que pondrá fin al proyecto político de Abd el Krim en 1927.

Veamos, brevemente, desde cuando estábamos presentes en esos territorios del norte de África y nuestro papel en el contexto internacional durante los siglos XIX y XX de un mundo marcado por un colonialismo clave en las relaciones internacionales.

Las relaciones de España con el territorio del norte de África se remontan a siglos atrás (como hemos visto al tratar Lepanto). Ya durante y después de la Reconquista en España hubo interés por esta zona y el Mediterráneo, de los reinos cristianos peninsulares (Portugal, Castilla, Aragón y Navarra). En el XVI la monarquía hispánica se centrará más en América.

En 1778 España adquiere una colonia en África, en el golfo de Guinea mediante un trueque con Portugal que tiene que ver con el choque de intereses en América. Este territorio se compone de una zona insular (Fernando Poo y Annobón) y una continental (parte de Rio Muni e islas situadas en una bahia junto a la costa continental: Corisco, Elobey Grande y Elobey Chico). Lo sucedido con estos territorios de Guinea es un buen ejemplo de cómo pintábamos cada vez menos en el panorama internacional con el paso de los siglos. De los 300.000 Km² de territorio que obtuvo España inicialmente irá perdiendo, debido sobre todo a la acción de Francia y Alemania, muchísimo del mismo. Cuando Guinea se independiza solo contaba con un 10% de lo recibido por España de Portugal.

En el siglo XIX nuestra presencia en el norte de África no tuvo un desarrollo desastroso ni mucho menos. Es cierto que desde 1840 se produjeron hostigamientos a Ceuta y Melilla por grupos procedentes del Rif al igual que a tropas españolas acantonadas en diversos puntos. Esta situación derivó en la Guerra de África (1859-1860), también conocida más tarde como la Primera Guerra de Marruecos, entre España y el sultanato de Marruecos que finalizó tras la victoria de España en la batalla de Wad-Ras y la firma el 26 de abril de 1860 de un tratado conocido por el nombre de dicha batalla. Ese tratado confirmaba a España como vencedora e imponía al sultanato una serie de cesiones e indemnizaciones. Eso sí, allí perdimos más de 4000 hombres por los combates y las enfermedades aunque solemos quedarnos con la "anécdota" de ese conflicto, ampliamente conocida, de que con los cañones capturados se realizaron los leones que aún hoy podemos ver a la entrada de nuestro Congreso de los Diputados

A esta guerra le seguiría la primera guerra del Rif, también llamada Guerra de Margallo, entre España y las cabilas rifeñas que rodeaban Melilla entre 1893 y 1894, Se saldó con el Tratado de Fez, en el que Marruecos paga 20 millones de pesetas a España.

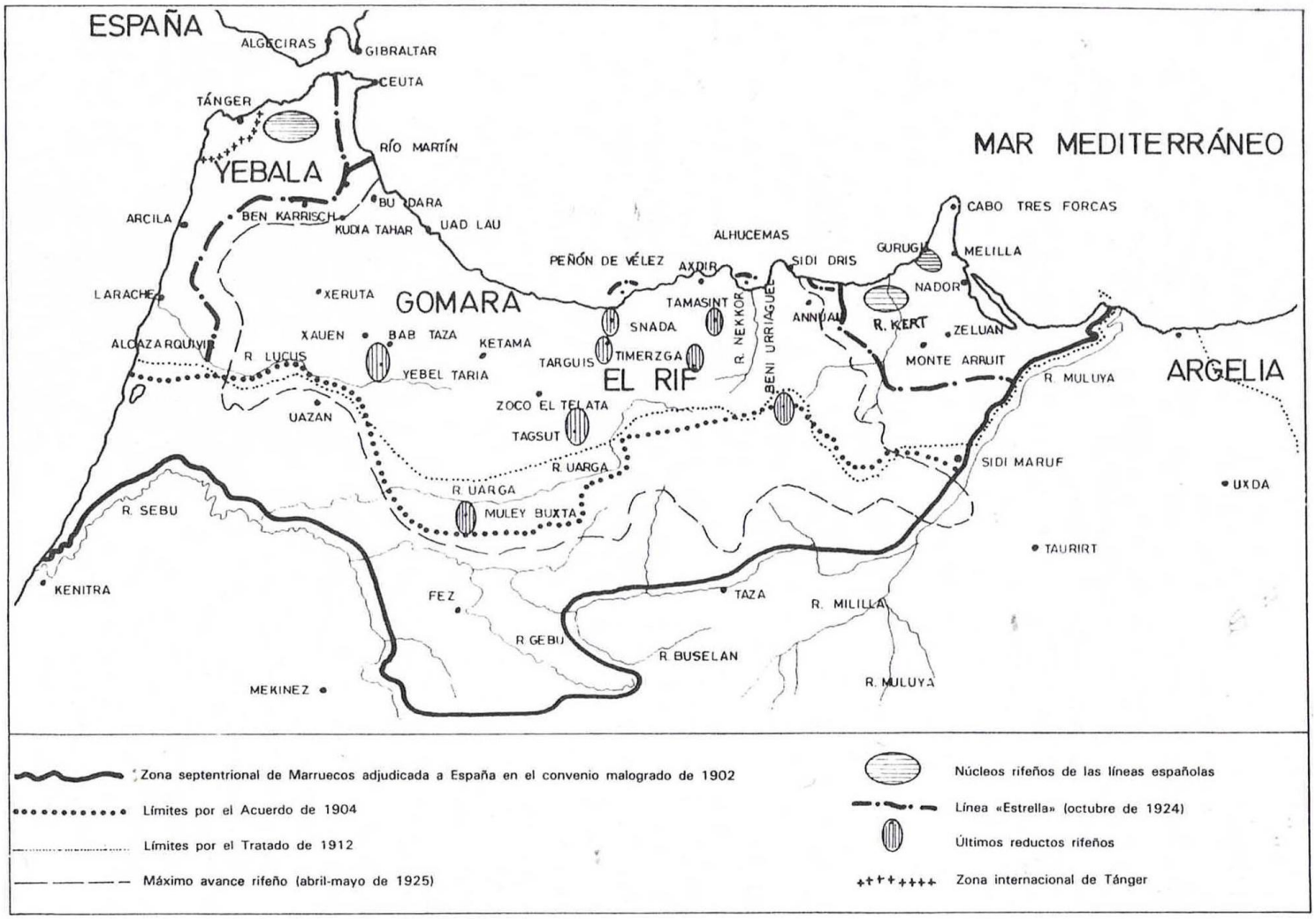
Gran Bretaña y Francia frenarán las apetencias coloniales españolas en el norte de África en estos años. Ya en 1884 el gobierno español comunicó a las potencias europeas que, mediante Real Orden, había calificado como protectorado (una de las formulas arbitradas dentro del imperialismo de la época) el territorio costero del Sahara Occidental comprendido entre Cabo Blanco y Cabo Bojador (denominado Rio de Oro). En 1886 un acuerdo franco-español establece la soberanía española en Rio de Oro, pero las guerras de Cuba y Filipinas distraerán nuestra

atención. La región norte costera del Sahara denominada Saguía el-Hamra permaneció sin presencia española.

El interés de los gobernantes españoles por el Sahara Occidental apenas aumenta tras la Crisis del 98, pero poco a poco las cosas cambiarán y el interés se centrará en los territorios del norte por delante de Guinea y el Sahara. Dentro de los mecanismos propios del imperialismo, en España comienza a tener influencia las presiones de sectores reducidos de la sociedad española con intereses empresariales y financieros como compañías mineras, el deseo de algunos políticos de reverdecer viejas glorias imperiales y el papel de un rey que coquetea con dichas ideas. Mientras hay voces que promueven el "deber histórico" con el protectorado desde años antes, otros advierten el peligro. Un buen ejemplo de los que ven el desastre que puede conllevar una aventura colonial en el norte de Arica es el comandante de caballería José Álvarez Cabrera. Advertía en el estudio titulado *"Acción militar de España en el Imperio de Marruecos: Bosquejo de un plan de campaña",* impreso en 1898 con escasa circulación, de la "*insigne locura*" de "*penetrar por terrenos desconocidos o ásperos y sin recursos*": "*No creemos, dadas las condiciones de la región geográfica que se conoce con el nombre de 'El Rif', el que las naciones europeas conviniesen nunca en desembarcar sus efectivos en aquellas montañas inaccesibles, hacerlo sería un grave error político y, sobre todo, militar*".

Tampoco se escuchó al periodista y diplomático Ángel Ganivet, quien desde Helsinki lo había avisado antes, en 1896, en su Idearium español: *"¿Puede darse absurdo mayor que una empresa colonial de España en África? Más tarde recibiríamos el pago: un desastre económico, una guerra civil, otro ensayo republicano, un nuevo ataque a nuestra independencia, cualquiera de esas cosas y otras peores a elegir".* Realmente impresiona ver el tino que tuvo Ganivet al predecir algunos de los acontecimientos posibles.

Ya en 1902 y 1904 Francia y España negociarán en secreto para repartirse parte del territorio del



FUENTE: Pennel, *Abd-el-Krim,* en *Historia 16,* núm. 126, 1986.

Guerra de Marruecos

Sultanato de Marruecos y una amplia zona del Sahara. Esto sucede con el beneplácito de Gran Bretaña que no quiere tener un territorio bajo el control francés frente a Gibraltar.

España, como no podía ser de otra forma, se queda con las peores zonas, más pequeñas y menos ricas y no le queda más remedio que aceptar la primacía de Francia. El Sultán de Marruecos aceptará todas las imposiciones de Francia y España pero, como veremos más adelante, tendrá graves consecuencias la realidad de que parte de sus súbditos no lo harán. Debemos comprender que el poder político del sultán se ejercía sobre las principales ciudades y buena parte de la costa atlántica, mientras que en el resto del territorio los jefes de las cabilas reconocían su autoridad espiritual pero no la autoridad política

En estos momentos también Alemania reclama un papel en África, siendo el "juego" colonial uno de los factores que conducirán a la Primera Guerra Mundial (1914-1918).

En 1906, los 13 países participantes en la Conferencia de Algeciras acuerdan que el Sultanato de Marruecos siga siendo, teóricamente, un estado independiente y que España y Francia tendrán libertad de acción en sus zonas de influencia, donde serán responsables del mantenimiento del orden. El problema será que España carece de los medios económicos y militares para mantener dicho orden si su presencia no era aceptada por los jefes de las tribus o cabilas.

España, para ejercer el control en su zona, terminará entrando en guerra con tribus del Rif y Yebala. En el entorno de Melilla comienza una explotación minera y la construcción de un ferrocarril que la comunique con Melilla en paralelo a la costa hasta el Atalayón, en el otro extremo de la Mar Chica, produciéndose algunos ataques a pequeña escala. Esta situación lleva a que en 1909 se amplié el perímetro en torno a Melilla para garantizar la seguridad de las instalaciones mineras y sus trabajadores. Se producen escaramuzas en las zonas de colinas que dominan Melilla, ciudad que se verá necesitada de ampliar una guarnición que contaba con unos 5.800 efectivos. El gobierno conservador presidido por Maura decide enviar más de 10.000 efectivos. La orden de movilización incluía a tropas de reserva de los cupos de 1903 a 1907, generado protestas en muchas ciudades de España.

Recordemos que esos reservistas eran víctimas de un sistema injusto de reclutamiento en el que básicamente, si tenias dinero te librabas del servicio militar ("*siempre ha habido clases...*") que implicaba muchas posibilidades de morir en un destino como el de Marruecos bien por acciones de combate o por múltiples enfermedades. Republicanos y socialistas (los anarquistas también participarán) convocarán una huelga el 2 de agosto para debilitar al gobierno y a esta se adelanta la que se dio en llamar "Semana trágica" (26 de julio al 2 de agosto). Estas protestas coincidirán, además, con un desastre desolador que será un presagio (lógicamente en una menor escala) de lo que sucederá en 1921: la emboscada o desastre del Barranco del Lobo el 27 de julio de 1909. Una brigada que perseguía a contingentes nativos cae en una emboscada en una vaguada, conocida como el Barranco del Lobo, a los pies del monte Gurugú. Se producen 752 bajas y de estas 153 muertos, incluido el general Pintos. No hay mejor resumen de la conmoción que este hecho causó en el pueblo español que esta coplilla por tangos que se hizo tremendamente popular:

En el barranco del Lobo
hay una fuente que mana
sangre de los españoles
que murieron por España.
Pobrecitas madres, cuanto lloraran
al ver a sus hijos que a la guerra van.
Ni me lavo ni me peino
ni me pongo la mantilla
hasta que venga mi novio
de la guerra de Melilla.
Pobrecitas madres, cuanto lloraran
al ver a sus hijos que a la guerra van.
Melilla ya no es Melilla
Melilla es un matadero
donde van los españoles
a morir como corderos.

El sentir reflejado en esta letra es extensible a los años venideros. Los que estaban perdiendo sus



Protesta contra la Guerra de Marruecos en Barcelona el 17 de diciembre de 1922

vidas en tierra extraña y los familiares de estos se preguntaban: *¿que se nos ha perdido a nosotros en ese sitio?* Segurísimo estoy, respecto a esto, que esa misma pregunta se la hizo más de uno y de dos, 350 años antes en Lepanto.

Tenemos un magnifico testimonio de los sentimientos de muchos de los soldados embarcados en esta "aventura" colonial en la excepcional "*La foja de un rebelde*", obra autobiográfica de Arturo Barea. Sirvió en una unidad de ingenieros, haciendo entre otras cosas, los tristemente celebres blocaos. Entre otras muchas interesantes reflexiones nos dejo este impresionante reflejo del sinsentido de esta guerra para muchos hombres que la sufrieron:

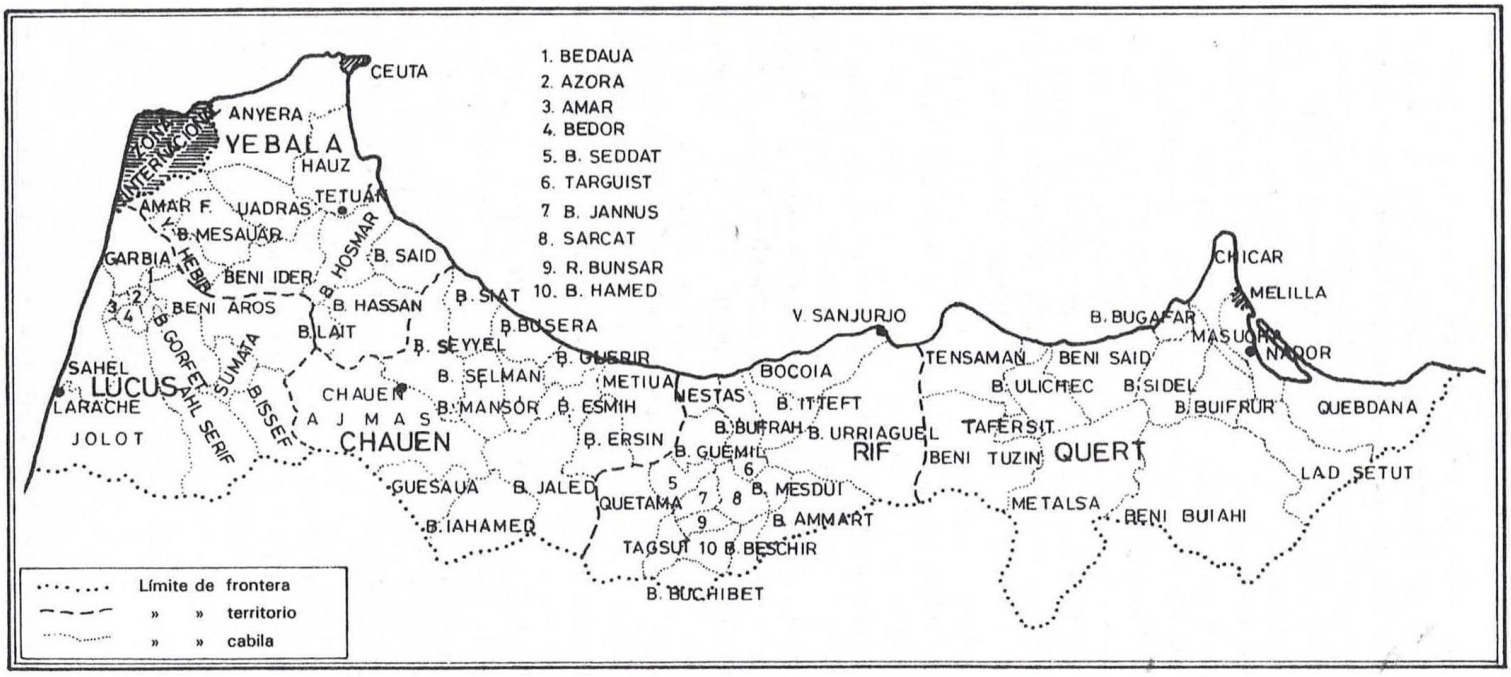
"Marruecos es la mayor desgracia de España, un negocio desvergonzado y una estupidez inconmensurable al mismo tiempo. Yo he estado allí dos años, y que me digan a mí qué es lo que civilizamos nosotros. Los soldados, mejor dicho, la clase de soldados que se manda a Marruecos, son la gente más miserable e inculta de España, tan incivilizados como los moros. O más. ¿A qué los mandan a Marruecos? A matar y a que los maten. Marruecos es bueno sólo para los oficiales y para los contratistas".

"¿Por qué tenemos nosotros que luchar contra los moros? ¿Por qué tenemos que civilizarlos, si no quieren ser civilizados? ¿Civilizarlos a ellos, nosotros? ¿Nosotros, los de Castilla, de Andalucía, de las montañas de Gerona, que no sabemos leer ni escribir? Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros? Nuestros pueblos no tienen escuelas, las casas son de adobe, dormimos con la ropa puesta, en un camastro de tres tablas en la cuadra, al lado de las mulas, para estar calientes. Comemos una cebolla y un mendrugo de pan al amanecer y nos vamos a trabajar en los campos de sol a sol. A mediodía comemos un gazpacho, un revuelto de aceite, vinagre, sal, agua y pan. A la noche nos comemos unos garbanzos o unas patatas cocidas con un trozo de bacalao. Reventamos de hambre y de miseria. El amo nos roba y, si nos quejamos, la Guardia Civil nos muele a palos. Si yo no me hubiera presentado en el cuartel de la Guardia Civil cuando me tocó ser soldado, me hubieran dado una paliza. Me hubieran traído a la fuerza y me hubieran tenido aquí tres años más. Y mañana me van a matar. ¿O seré yo el que mate? El soldado español aceptaba Marruecos como aceptaba las cosas inevitables, con el fatalismo racial frente a lo irremediable".

En 1912 Francia y España firman un acuerdo definitivo para la zona que les compete en África occidental. Se establecen dos protectorados sobre Marruecos. El "control" español recae sobre las zonas de menos recursos mineros, portuarios y agrícolas, que van a estar divididas en dos partes, una al norte y otra al sur.

Al norte encontramos Yebala y el Rif, cuya ocupación produce una larga y costosa guerra (1909-1927).

Al sur, separada y distante de la norte, comprendía la región de Cabo Juby o Tarfaya (desde el rio Draa, que marcaba el límite entre el protectorado francés al norte y la zona sur del



FUENTE: T. García Figueras y J. L. Fernández-Llebrez, *Manual del África Española. Marruecos,*

Protectorado español. División política

protectorado español hasta Cabo Juby). En el tratado de 1904 Tarfaya y el Sahara occidental formaban un solo espacio geográfico. En 1912 ya no será asi y se fija un enclave español con origen en 1860: la zona de Sidi-Ifni, que no se ocupa hasta 1934. Este tratado de 1912 también adjudica a España los territorios saharauis de Saguía el-Hamra en calidad de colonia.

En definitiva, lo que vemos con estos tratados es que con el paso del tiempo, España pierde más terreno, pasando Tánger a la tipología de ciudad abierta o internacional

A medida que España debe intentar controlar la seguridad en los territorios bajo su órbita, se hace patente la evidencia de las dificultades con las que se encuentra. Como ya dijimos, muchos de los líderes de las cabilas no obedecen los dictámenes políticos del sultán y solo permanecerán fieles a la presencia española en su zona mientras fluya el dinero o tengan claro que el ejército español es el más fuerte. Si el dinero no llega (o incluso llegando) un líder cada vez más poderoso como Abd el-Krim que muestra con sus acciones la debilidad de los españoles y es capaz de vencer en repetidas ocasiones a pequeñas unidades dispersas por el territorio conseguirá sumar cada vez mas fuerzas. Se impondrá la ley del más fuerte que con mano férrea ejercerá el antiguo sirviente de la administración colonial española como traductor y escribiente de árabe en la Oficina Central de Tropas y Asuntos Indígenas en Melilla, donde trabajó asimismo para el periódico "El Telegrama del Rif". Ese antiguo "aliado" no es otro que Abd el-Krim y será el artífice del desastre de Annual entre el 17 de julio (cuando se inician los combates por liberar la posición de Igueriben) y el 9 de agosto (en el que asesinan vilmente a los defensores de Monte Arruit) de 1921. Sus rifeños serán los responsables del derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla (y la muerte de su comandante, el general Silvestre) y matarán en esos días más de 9.000 españoles y unos 2.500 de sus aliados indígenas. Como con Lepanto, próximamente dedicaremos un artículo a detallar los enfrentamientos del desastre de Annual

A MODO DE CONCLUSIÓN...

Como dijo León Tolstoi en "Guerra y paz" (1869), para mí su mejor novela: *"Los guerreros más fuertes son estos dos: el tiempo y la paciencia"*. Y estos dos "guerreros", ciertamente pueden hacer que lo que en un momento se presenta como la más sublime de las victorias se diluya sin el deseado y conveniente aprovechamiento para los vencedores. Por el contrario, también pueden conseguir que la más dolorosa de las derrotas pueda ser vengada en no mucho tiempo y el enemigo que nos derrotó sea vencido. Lo que ambos "guerreros", sin duda alguna, serán desgraciadamente incapaces de devolver o revertir, es la vida perdida por muchos en el campo de batalla, en guerras que ni siquiera libraron voluntariamente.

Bibliografía:

- Alonso Acero, Beatriz, *El norte de África en el ocaso del emperador (1549-1558)* CSIC. Ponencia incluida dentro del proyecto de investigación «La política en el Mediterráneo de Carlos V: el inicio de conformación de la frontera mediterránea» (DGICYT, PB96-0888)
- Carr, Raymond, *España 1808-1975*, Barcelona, 1996
- Colón, Carlos, *El gusto por autoflagelarse*, Diario de Sevilla, 14/08/2021. https://www.diariodesevilla.es/opinion/articulos /gusto-autoflagelarse_0_1601539966.html
- Domínguez Ortiz, Antonio. *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid, 1988.
- Fernández Álvarez, Manuel y Díaz Medina, Ana, *Los Austrias mayores y la culminación del imperio (1516-1598)*, Madrid, 1987.
- Fernández Álvarez, Manuel, *Felipe II y su tiempo*, Madrid, 1998.
- Kamen, Henry, *Imperio. La forja de España como potencia mundial*, Madrid, 2003
- Leguineche, Manuel, *Annual 1921. El desastre de España en el Rif*, Madrid, 1996.
- Rodríguez González, Agustín R., *Álvaro de Bazán, Capitán General del Mar Océano*, Madrid, 2017.
- Rodríguez Jiménez, José Luis, *El desastre de Annual en el contexto del colonialismo español. Hechos, interpretaciones, consecuencias.*

NECROLÓGICA 158

Han fallecido nuestros compañeros y asociados:

D. Juan Pavón Lagares, socio 425, falleció el 9 de junio de 2021.

D. Rafael Fernández Barros, socio 708, falleció el 23 de julio de 2021.

D. Manuel Madroñero Díaz, socio 496, falleció el 4 de agosto de 2021.

D. Antonio García Calero, socio 420, falleció el 9 de agosto de 2021.

D. Manuel Rodríguez López, socio 912, falleció el 21 de agosto de 2021.

La Junta Directiva de **AMARTE,** expresa a sus familiares su más sentida condolencia y ruega a todos sus asociados una oración por sus almas.

Al mismo tiempo, hace saber a sus respectivas viudas e hijos que en **AMARTE** siempre encontrarán la información y el asesoramiento que necesiten.